



*Testamento del Pájaro Solitario*

José Luis Martín Descalzo

verbo divino

# PRESENTACIÓN

En abril de 1991 vio la luz por primera vez el *Testamento del Pájaro Solitario*. Pocas semanas más tarde, el 11 de junio, nos dejaba su autor, José Luis Martín Descalzo; o mejor, “vio la Luz”, vio “al Amor sin enigmas ni espejos”. Y el *Pájaro* comenzó a volar. Desde su salida, muchas personas encontraron en el *Testamento* “su propia alma, su autobiografía personal”, tal como José Luis “soñaba” que ocurriera en la introducción a la obra.

En los versos de este libro —sinceros, profundos—, muchos se vieron reconocidos. En las reflexiones de José Luis, en sus anhelos, en su búsqueda constante de Dios y de la belleza, muchas personas, hombres y mujeres, vieron reflejados sus propios pensamientos, sus dudas, sus intentos de alcanzar la plenitud.

Han pasado ya 15 años desde su publicación, y el *Testamento* sigue vivo. Veintiún ediciones confirman la vigencia de la obra. Por eso, y con motivo de la celebración de los 50 años de su existencia, Editorial Verbo Divino ha querido preparar una edición especial del *Testamento del Pájaro Solitario*, una cuidada edición que haga más agradable su lectura.

Agradecemos a la familia de José Luis su plena disposición y su colaboración para la preparación de esta edición. Confiamos en que, gracias a ella, el *Testamento* continúe deleitando y ayudando a las personas que ya lo conocen, y, sobre todo, que sirva de disfrute y apoyo espiritual para nuevos lectores.

*El editor*

# RAZÓN DE SER

**E**l primero de los libros que publiqué —hace ahora treinta y tantos años— se titulaba “Un cura se confiesa”. Este último podría titularse “Un alma se confiesa”, porque es, en realidad, el más autobiográfico, el más interior, de cuantos escribí.

Pero quiero precipitarme a decir al lector que cuando hablo de alma y autobiografía, no aludo a las “mías” únicamente, porque mi sueño sería que en estas páginas encontrara cada lector las historias de su propia alma, su autobiografía personal. En rigor, todos somos hermanos de todos, padres de todos, hijos los unos de los otros, y por donde pasa un alma, pasan las de los demás. Por eso, cuando yo desnudo mi corazón en estos versos, espero que sean muchos otros los que se vean sangrar o sonreír.

Y aunque sé muy bien que la poesía, por difícil que pueda ser, ni necesita ni pide explicaciones que emborronen con su lógica y su ideología lo que el lector debe encontrar más con su sensibilidad que con su inteligencia (ya que la poesía, como la arquitectura de las catedrales, primero se siente y sólo después se comprende), sí quisiera situar al lector en la órbita en que estos poemas fueron escritos, todos ellos “a zaga de la huella” de san Juan de la

Cruz, la compañía de cuya obra he disfrutado al tiempo que componía estas páginas. Si bien no quiere decir esto que todos y cada uno de los poemas de este libro broten de él —pues muchos son hasta bastante antiguos en su composición—, pero sí es sanjuanista tanto el enfoque como la arquitectura de este “Testamento”.

Porque me gustaría decirle al lector que no está ante una acumulación casual de poemas sueltos. No, quieren y requieren ser leídos “como conjunto”, contrapesándose los unos a los otros, ayudándose mutuamente, incluso en ese juego que hace que las cuatro partes del libro se abran con otros tantos poemas libres y largos, que, luego —en un esfuerzo por unir lo clásico y lo moderno—, son comentados, desarrollados o ampliados por otras tantas series de sonetos semibarrocos.

Y las cuatro partes del libro marcan y siguen un camino que en lo fundamental gira sobre los más altos textos sanjuanistas.

El primero es el “Cántico”. Cántico que, en mi caso, no es —¡qué más quisiera yo!— el estallido de amor del alma enamorada que busca febrilmente a su Dios. El mío es, más bien, el del mediocre que huye de Él. Un buen día un hombre —un hombre de sesenta años como yo— se planta ante su espejo y descubre que él no es otra cosa que aquel pájaro solitario —aquel manojo de plumas— del que en varias ocasiones hablara san Juan de la Cruz. Contempla su vida, y es una colección de vacíos. Y no porque le

hayan faltado ocasiones de amar, sino porque ha girado en torno a Dios sin querer entregarse, jugando siempre a dos barajas entre Él y el mundo. Hasta que un día Dios —que en mi poesía es más el halcón que nos busca que el ciervo que nos huye— nos “atrapa” y hace suyos, sencillamente porque le da la gana. Entonces, sin haberlo buscado ni merecido, se encuentra el alma con el “adobado vino”, con el “mosto de granadas” de los que hablara el poeta de Fontiveros, y hasta ve que sus sentidos (la “caballería” según la imagen de fray Juan) pueden bajar tranquilos a beber de las aguas de Dios, en un “Cántico” que concluye también con un estallido de gozo.

Todo este caminar del poema inicial es el que desarrolla después la serie de sonetos que lo amplía: la búsqueda de nuestro verdadero rostro; las noches oscuras del vacío y la soledad cósmica por las que atravesamos; el lento encuentro con Dios y con las cosas por los caminos del asombro y la ternura; hasta llegar al sueño deseado —y tal vez nunca conseguido— de realizar las condiciones que san Juan proponía al pájaro solitario.

La segunda andadura de este Testamento es la “Noche Oscura”, pero tampoco esta vez es —como en nuestro guía— la noche oscura del alma, sino la del cuerpo. El hombre, en una encrucijada de su vida, se encuentra con el dolor (y ya no el soñado y temido, sino el sangrante) y con todas las desgarradoras preguntas que plantea. La voz se vuelve “grito”, sobre todo cuando se descubre que el problema no es el del propio dolor, sino el del mundo entero que ya no tiene más respuesta que la de hundirse en el Huerto de los Olivos.

Y también esta vez una serie de sonetos desarrolla el progresivo encuentro con la idea de la muerte. Eso que fue hipotético y lejano en los años juveniles, se va haciendo tangible y va, a la vez, aclarándose desde la total oscuridad hasta algo parecido a la luz.

La tercera andadura habla de “la fonte que mana y corre”. El poeta tiene que preguntarse cuál es el manantial del que brota todo cuanto posee y regresa en la memoria al día de su ordenación sacerdotal, que señaló decisoriamente su destino. “Es” sacerdote, y la eucaristía no puede ser, para él, un añadido, sino algo que le constituye como tal ser concreto. Aun cuando sabe —¡ah, qué bien lo sabe!— que está muy lejos de “ser” eucaristía.

Esta cercanía y distancia es la que aclaran los sonetos eucarísticos que siguen y que están escritos dentro de la más clásica forma del estilo barroco.

Y llega el “Final”: el “testamento” que da título a este libro. Un testamento que no es un cierre de nada, sino un balance de mucho, o de lo poco que se es y se tiene. A fin de cuentas, sólo un poco de esperanza.

Y esta vez el comentario son los cinco mansos sonetos que “cuentan” la muerte y la no-muerte del autor. Que sueña con llegar un día a gozar de “la noche-luz tras tanta noche oscura”.

PARTE PRIMERA

# CÁNTICO



CÁNTICO  
EN EL QUE  
EL PÁJARO  
SE PREGUNTA  
POR SU  
EXISTENCIA

Cuando, al fin, entendí que sólo era  
un manojo de plumas,  
una canción que, porque nace, muere,  
o tal vez la memoria de un beso en un espejo,  
¿cómo creer que has sido, que has amado?

Por pura gracia  
alguien pasó sus dedos por mis plumas  
y me dio la verdad de la existencia.  
¡Haber sido querido por Ti,  
por Ti, que haces que un pájaro  
hasta pueda llegar a creerse que ha vivido!

Al cabo de los años  
¡mira el tesoro de todos tus vacíos!  
Aquí y allá fuiste dejando algo parecido a una huella;  
decían tu nombre, lo escribían incluso,  
contaban que algún día cantaste en una rama  
iluminándola,  
pero tú bien sabías  
que eras sólo una torre de naudas, viento, viento.



En el antiguo álbum, los retratos  
reproducían todos el mismo rostro:  
un óvalo vacío, alguien dormido,  
alguien que se sospecha que, con algún esfuerzo,  
hasta pudo llegar a vivir, mas no lo hizo.

Un mirlo  
que cantó una vez en una rama,  
sin que la rama, ni el pájaro, ni el canto hayan existido jamás.

Y, sin embargo, sí, había un árbol,  
un árbol de la vida, frondoso,  
con millones de ramas preparadas.  
Sí, Tú estabas allí,  
un árbol verde, sin otoños  
porque el amor no amarillea nunca.

Pero ¿qué sabes, qué sabes, hombre, tú de amor?  
Si te hubieras posado en esa rama  
que estuvo preparada para ti,  
¿habrías entendido?  
Ah, el mendigo cruzó con su escudilla miserable  
y si alguien le hubiera arrojado la moneda de oro  
¿la habría distinguido de una hoja de otoño volada por el viento?

Yo recogí mendrugos  
que apenas si sabía masticar  
con mis pobres dientes de papel.  
Llegué, lo más, a chupetear el gozo:  
recuerdo aquellos senos blancos  
y la gran confusión del amor con un desagüe.  
Nos reíamos mucho. Los relojes del whisky  
bajaban tambaleándose las escaleras de la noche  
mientras las estrellas miraban asombradas desde el cielo.

Y Tú, Amor, ¿dónde estabas?  
Te veo en todas las encrucijadas de las horas perdidas,  
gritando:  
“Necesito repartir transfusiones de vida”,  
mientras ante tus pies desfilaba el entierro  
de todas las palomas asesinadas aquella misma noche.

¿Y yo? ¿Y mi pájaro?  
No sé si por temor al mundo o por amor a Ti  
yo revoloteaba sobre tus hombros.  
Me posaba, incluso, sobre ellos.  
Y no decía que sí.  
Y no decía que no.

Y ni siquiera “tal vez”.  
O decía: “Me gustaría cantar”,  
pero nunca quería acabarme de enterar de que  
cantar no es hilvanar sonidos,  
sino sangrar. Mi pájaro  
tenía siempre demasiadas razones  
para seguir jugando a dos barajas.

A veces hasta llegaba a pronunciar tu nombre,  
pero no era de Ti de quien hablaba,  
sino de tus suburbios,  
y así, mientras Tú, ciervo perseguido,  
cruzabas la pradera incandescente  
en la que yo me carbonizaría  
si llegara a pisarla siguiéndote, mi pájaro  
hacía encaje de bolillos teológicos  
y estaba cerca de Ti,  
pero jamás en Ti, contigo.

Y, si alguna vez mi cántico y el tuyo parecían juntarse,  
el ayer tentador, se me volvía  
celoso, asegurando  
que elegirte a Ti era como quedarse sin casco ni velamen:

“Dios sólo tiene noche”, me decía.  
Y yo, cobarde pero lúcido, sabía que eso era cierto  
y gritaba:  
“Flores, cubridme;  
adormecedme, músicas;  
y tú, Beatriz, distiende la miel de tu melena,  
y lograd, entre todos, que este celoso Dios se aleje  
o que pase de largo, persiguiendo piezas mejores.  
¡Ah, bien quisiera apostar por los dos!  
Mas, si es inevitable elegir, ¡dame, oh Mundo, tu lecho!”

Pero un día, todo cambió.  
No fue que yo despertase,  
ni es que cayeran rodando por los suelos mi indecisión  
y mi ceguera,  
es que Él,  
el Halcón,  
se derrumbó en picado sobre mí,  
escudriñó mi corazón y mis riñones,  
y, con sus dulces garras, me atenazó  
diciéndome: “Tú serás mío, porque eres mío”;  
me engendró,  
me poseyó

como un hombre a una mujer  
o como una espada el cuerpo que atraviesa.

Y yo no tuve nada que decir ni explicar: Existía.  
Existía ya casi tanto como Tú.  
Iba volviéndome amor.  
Ibas limpiando mi sangre de su escoria,  
poniendo verdadera alegría donde sólo hubo fuegos de artificio,  
dándome el misterioso “vino adobado” de tus besos,  
dejándome amar ya todo sin hacer distinciones,  
sin saber siquiera muy bien si “Amor” se escribe con mayúscula o no.

Y ya los dos picoteábamos del mismo Pan  
y mamábamos del seno misterioso de tu Madre  
y “mi caballería  
a vista de las aguas calladas descendía”.  
Ya no conté mis años: esperarte y amarte era lo mismo,  
juntos pastábamos la soledad del mutuo amor herido,  
bebíamos “el mosto de granadas”, y el silencio  
de estar solos y acompañados en la feria del mundo.  
Y, si ahora me voy, será igual que si me quedo.

Y, si canto, mi voz será de otro.  
Y, si late eso que llaman corazón,  
no sabré dónde late, ni de quién es.  
¡Oh, Halcón! ¡Oh, pájaro! ¡Oh, Amor sin apellidos ni riberas!